



ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2023 Año X / N° 19

ÍNDICE

Gonzalo Albero Alabort <i>Memoria et Vita II</i>	1
Gerardo Sánchez Mielgo Las apariciones de Jesús resucitado: relato, historia, teología. Aparición sobre una montaña de Galilea: misión universal (Mt 28,16-20).....	3
Juan José Garrido Zaragoza Regenerar España renovando su catolicismo: la posición de Ortega y Gasset.....	33
Martín Gelabert Ballester Creación y evolución. La imagen de Dios coherente con la actual concepción del mundo.....	59
Miguel Payá Andrés Iglesia universal-Iglesias particulares. Estado de la cuestión después del Vaticano II.....	81
Enrique Benavent Vidal <i>Deus caritas est</i> . Una encíclica para nuestro tiempo.....	121
Juan Miguel Díaz Rodelas Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura. La aportación del reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica.....	143
Vicente Botella Cubells <i>Hazme instrumento de tu paz</i> . Mística, sacramentalidad y cultura de la paz.....	167
Miguel Navarro Sorní San Vicente Ferrer en la biblioteca y en los sermones de san Juan de Ribera.....	185
José Santiago Pons Doménech El sujeto ricoeuriano. Entre el todo y la nada.....	211
Recensiones	237
Publicaciones recibidas	255
Presentación de un artículo y normas de edición	259

DEUS CARITAS EST.

UNA ENCÍCLICA PARA NUESTRO TIEMPO

*Mons. Enrique Benavent Vidal**

RESUMEN

Aunque aparentemente pueda parecer una encíclica para católicos, ya que éstos son los primeros destinatarios, es una encíclica para recordarnos a los católicos qué acentos debemos poner de manifiesto en este momento y qué tono de lenguaje debemos emplear para decir el mensaje cristiano a los hombres de nuestro tiempo, de modo que éste sea percibido como algo que es fuente de vida y de gozo por el hombre de hoy

Por ello, debemos afirmar que no es una encíclica “sólo para los católicos”, es también una encíclica para los no católicos, para que por mediación nuestra, sea acogido por ellos el mensaje cristiano como palabra de vida.

PALABRAS CLAVE

Deus caritas est, Benedicto XVI, Amor cristiano, Caridad

ABSTRACT

Although it may seem to be an encyclical for Catholics, since they are the first addressees, it is an encyclical to remind us Catholics what accents we should emphasize at this time and what tone of language we should use to communicate the Christian message to the people of our time, so that it may be perceived as something that is a source of life and joy by the people of today.

For this reason, we must affirm that it is not an encyclical “only for Catholics”, but also an encyclical for non-Catholics, so that through our mediation, the Christian message may be accepted by them as a word of life.

KEYWORDS

Deus caritas est, Benedict XVI, Christian love, Charity

INTRODUCCIÓN: ¿UNA ENCÍCLICA SÓLO PARA LOS CATÓLICOS?

La publicación de la primera encíclica de un nuevo pontífice suele ser un acontecimiento que traspasa los límites de la Iglesia católica. Aunque no pretenda ser un documento programático de lo que va a ser el pontificado, es evidente que las preocupaciones e inquietudes del nuevo

* Arzobispo de Valencia. Decano-Presidente (2004-2005) y Vicedecano (2001-2004) de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

papa, el estilo del pontificado, las prioridades que desea imprimir en la vida de la Iglesia y los caminos por los que la quiere conducir para que realice mejor su misión de anunciar el Evangelio en cada momento histórico se dejan ver en el documento. No es extraño, por tanto, que la primera encíclica de un nuevo Papa se espere con interés y que los medios de comunicación social le suelen prestar una cierta atención. Esto ocurrió con la primera encíclica del papa Benedicto XVI.

Aunque la mayoría de los comentaristas acogieron positivamente el texto pontificio, tanto por el tono del lenguaje empleado como por la visión positiva de la espiritualidad y del compromiso cristianos que se traslucen en él, hay que reconocer que esta opinión positiva no fue unánime. De hecho, uno de los periódicos de mayor tirada y de los más influyentes en la opinión pública de nuestro país concluía su comentario editorial afirmando que estamos ante una encíclica para los católicos.¹ Detrás de esta valoración hay que ver una opinión despectiva, como si el documento pontificio no dijera nada a los que no pertenecen a la Iglesia Católica. Si esto fuera así, sería un signo de que nos encontramos ante un pontificado que, centrado en la espiritualidad cristiana, ignora a los que no pertenecen a la Iglesia Católica y se desentiende de los problemas de nuestro mundo.

Personalmente he de afirmar que la lectura del texto pontificio no me produjo la misma impresión. Es posible que fundamentalmente sea una encíclica para los católicos, porque éstos son los primeros destinatarios de todo texto emanado del magisterio pontificio (el Papa la dirige “a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos”), pero no podemos olvidar que la fe cristiana adquiere rostro concreto para nuestro mundo por el modo como los católicos la hacemos vida. El rostro del cristianismo no es percibido por quienes se encuentran al margen de la vida eclesial sólo por los textos oficiales con los que la Iglesia se expresa, sino sobre todo por la fisonomía concreta que el cristianismo adquiere cuando los cristianos lo hacemos vida. Toda concreción del mensaje cristiano incluye prioridades en los temas, ya que el Evangelio es inabarcable en su riqueza y en cada momento histórico hay unas exigencias o unas necesidades distintas a las de otros momentos. En cada época los cristianos tenemos también la exigencia de encontrar el lenguaje adecuado para que el Evangelio sea percibido como lo que

¹ Editorial del diario *El País* (26-I-2006).

es por el hombre de ese momento. Un mensaje dicho con un lenguaje no adecuado puede pasar inadvertido o puede provocar actitudes de rechazo.

El texto pontificio, por el estilo y por la riqueza de matices y de temas que encontramos en él, admite distintos enfoques a la hora de acercarse a él. De hecho, los que han comentado la encíclica, se han fijado en aspectos distintos,² lo que constituye un signo claro de la profundidad de la doctrina enseñada por el Papa. Nuestra perspectiva es sencilla: queremos mostrar que no estamos ante un documento descontextualizado, sino ante un texto que ofrece caminos claros para la Iglesia en el momento presente y que debe leerse desde la situación concreta en la que nos encontramos actualmente.

1. UN MENSAJE PARA UN MUNDO QUE VIVE ENTRE LA SECULARIZACIÓN Y EL FANATISMO RELIGIOSO

En Europa tenemos la sensación de que los conflictos nacidos del choque de ideologías que marcaron nuestra historia durante el siglo XX han sido superados. El marxismo, que influyó profundamente en la cultura europea tanto en Europa oriental como en Europa occidental, anunciaba para el futuro una sociedad sin religión. La sociedad europea actual vive en un ambiente cultural profundamente secularizado y, en muchas ocasiones, ha olvidado sus raíces cristianas.³ Ahora bien, la pérdida de la referencia a Dios que vivimos en nuestra cultura tiene su origen más en un materialismo consumista que en la realización de la utopía anunciada por el marxismo.

Sin embargo éste no es el único rasgo característico de nuestra situación. Europa se mueve entre el fenómeno de una cultura absolutamente secularizada y un renacimiento de lo religioso que muchas veces adquiere los rasgos de una venganza de Dios. Da la impresión de que cuando lo religioso se quiere acallar en el corazón de las personas, resurge con una fuerza que en algunas tradiciones religiosas puede degenerar en fenómenos violentos.

² P.J. CORDES (et al.), *Deus caritas est. Comentario...*; L. MELINA – C.A. ANDERSON (ed.), *La vía del amor*; E.L. BARTOLINI (et al.), *Dio è amore*; BENEDETTO XVI, *Deus caritas est*; J.R. FLECHA (coord.), *Dios es amor*.

³ *Ecclesia in Europa*, 7.

Es posible que entre los grandes retos que se plantearán al cristianismo europeo, en un futuro no muy lejano, estarán las cuestiones derivadas del encuentro interreligioso, que es también encuentro intercultural. Tenemos algunos ejemplos recientes que afectan sobre todo a las relaciones entre la cultura europea y el Islam: los conflictos que se generaron por la publicación de las viñetas del profeta Mahoma, la reacción de gran parte del mundo islámico a la conferencia leída por el papa Benedicto XVI en la universidad de Ratisbona o las dificultades que tienen los musulmanes, y muchas veces también los cristianos, para mantener los signos de su identidad religiosa o cultural. Estamos ante unos hechos que constituyen un signo de lo que puede ser el choque entre una cultura secularizada y defensora de los derechos humanos y ciertas culturas en las que lo religioso lo impregna todo. Esta situación nos está planteando una nueva problemática: ¿Hay un camino intermedio entre el secularismo que borra a Dios de la conciencia humana y un renacimiento de lo religioso que a veces presenta unos rasgos que a nosotros los occidentales no pueden dejar de preocuparnos?

El Papa nos indica el camino: hay que volver a Dios. En esta cultura que tiende a alejar a Dios del corazón de las personas, los cristianos tenemos que trabajar para que Dios ocupe el lugar que le debe corresponder en la vida de los hombres: el centro, el corazón. Ahora bien, detrás del modo de actuar de los creyentes se esconde la cuestión de la imagen misma de Dios: ¿Qué Dios puede ocupar el corazón de las personas? ¿Qué Dios puede ser amado? El Dios que se revela como un Dios que ama hasta el punto de que se puede llegar a decir de Él: “Dios es amor”. Sólo ese Dios puede ser amado y puede generar amor entre los hombres, sólo ese Dios es creíble. La utilización del nombre de Dios para justificar actitudes violentas o el empleo de la violencia por motivos religiosos no logra acercar a los hombres a Dios. En efecto en la introducción a la Encíclica el Papa afirma:

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de una gran actualidad y con un significado muy concreto.⁴

Esta preocupación, que motivó en parte el tema del discurso del Papa en Ratisbona, no es nueva para el actual pontífice. En el año 2000,

⁴ *Deus caritas est*, 1.

en una conferencia pronunciada en Madrid en el contexto de un simposio sobre la encíclica *Fides et Ratio*, el entonces cardenal Ratzinger afirmaba:

las religiones [...] pueden enfermar en ciertos trechos del camino. En el hinduismo hay elementos grandiosos, pero también aspectos negativos: el entrelazamiento con el sistema de castas, la quema de viudas [...] Pero también el Islam, con toda la grandeza que representa, está continuamente expuesto al peligro de perder el equilibrio, dar espacio a la violencia y dejar que la religión se deslice hacia lo externo y ritualista. Y naturalmente hay también, como todos nosotros bien sabemos, formas enfermas de lo cristiano. Por ejemplo, cuando los cruzados, en la conquista de la ciudad santa de Jerusalén en la que Cristo murió por todos los hombres, causaban ellos mismos un baño de sangre entre musulmanes y judíos.⁵

La violencia es el signo de que una religión está enferma.

Frente al secularismo que nos invade, el Papa nos invita a volver a Dios, pero al Dios cuya verdad se muestra en la verdad de su amor. Únicamente de este modo podremos evitar las formas enfermizas de lo religioso. “Dios es amor”: Éste es el “corazón” (parece que el Papa evita el término “esencia”) de la fe cristiana. “Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás”.⁶

2. UN MENSAJE PARA UN MUNDO QUE SOSPECHA DEL CRISTIANISMO

Esta vuelta a Dios implica una serie de consecuencias en el modo de entender la vida cristiana. Sin duda alguna una de las mayores dificultades que la Iglesia experimenta en el momento presente es que en nuestra cultura secularizada se ha sembrado una sospecha frente al cristianismo: el mensaje cristiano no es percibido por muchos como fuente de libertad y de vida. En el n° 3 de la encíclica, el Papa, citando al filósofo alemán Nietzsche, se hace eco de esta convicción tan difundida en nuestra cultura influida por los maestros de la sospecha:

la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el

⁵ RATZINGER, J., “Fe, verdad y cultura”, 141-161. El texto citado se encuentra en la 157.

⁶ *Deus caritas est*, 1.

creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?⁷

En el fondo, resumiendo la objeción: ¿No es el cristianismo un no a todo lo que hace feliz al hombre? Difícilmente se aceptará el mensaje cristiano si éste no es percibido por nuestro mundo como fuente de vida, como un mensaje que es fundamentalmente positivo y esperanzador para el hombre.

El cardenal Ratzinger, en unas meditaciones espirituales redactadas mucho tiempo antes de acceder a la cátedra de San Pedro sobre las tres virtudes teologales, hablando del amor, tiene unas afirmaciones que nos pueden ayudar a entender mejor la encíclica. La idea fundamental es que el amor es un sí:

Por encima de todos ellos (se refiere a los distintos aspectos de la experiencia humana que llamamos amor) podemos afirmar que domina un acto de aprobación general hacia el otro, un sí a aquel a quien se dirige nuestro amor [...] Mediante el sí hacia el otro, hacia el tú, yo me recibo a mí mismo y puedo decir sí a mi propio yo.⁸

El amor como un sí. Al decir que Dios es amor estamos diciendo que Dios ha dicho un sí al hombre. El cristiano es el que ha conocido el amor que Dios le tiene y ha creído en el amor: “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida”.⁹ Conocer el amor es algo más que saber que Dios me ama: significa reconocer que Dios ha dicho un sí en mi favor. Creer en el amor significa que el cristiano quiere que toda su existencia sea un alegrarse por el sí que constantemente tiene que decir a Dios como respuesta a su amor. La persona que ama encuentra su felicidad en el hecho de que la persona amada sea feliz. Todas las exigencias de la vida cristiana son un sí a Dios que llena de gozo al cristiano que ha conocido el amor que Dios le tiene y ha creído en él.

Ahora bien, la veracidad de ese sí a Dios se muestra cuando el creyente dice también un sí auténtico al hermano, porque Dios ha dicho un sí tan verdadero hacia el hermano como el que ha pronunciado a favor mío (su amigo debe ser mi amigo). El cristiano encuentra por ello su felicidad

⁷ *Deus caritas est*, 3.

⁸ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 93.

⁹ *Deus caritas est*, 1.

en el hecho de que la existencia de los otros sea feliz y, afirmando a los otros, se afirma a sí mismo.

Esto tiene consecuencias importantes en el modo de entender la existencia cristiana: Las exigencias morales del cristianismo no pretenden decir “no” en primer lugar. Cuando hay que decir no a algo es precisamente para salvaguardar la pureza y la belleza de ese sí a Dios y a los otros. El eros, cuando no se integra en un sí total y absoluto hacia la otra persona, acaba degradándose y dañando a las personas. El matrimonio, que es la suprema realización humana del “sí” mutuo del amor, sólo se salvaguarda en la medida en que se sabe decir no a todo lo que puede enturbiar la claridad del sí. La opción fundamental del cristiano es una opción positiva hacia todo lo humano.

Me gustaría detenerme en esta última idea, porque creo que el Papa lo hace. En efecto, ésta es una de las claves para entender las reflexiones que encontramos en la primera parte de la encíclica sobre la relación entre eros y agape. El agape, que es la forma cristiana más sublime del amor, no significa la anulación del eros, sino la lucha contra todo aquello que supone su perversión, contra su degradación, que lleva a la degradación del otro e incluso a mi propia degradación. Hay que oponerse, afirmaba el cardenal Ratzinger, a toda tendencia

que pretende separar eros y amor religioso, como si fueran dos realidades completamente diversas. De esta forma se deformarían ambos, porque un amor que sólo quiera ser sobrenatural pierde su fuerza, mientras que, por otra parte, encerrar el amor en lo finito, su secularización y separación de la dinámica hacia lo eterno, falsifica también el amor terreno, que conforme a su esencia es sed de plenitud infinita. Quien limita el amor al más acá le priva de su más profunda identidad, porque al amor le pertenece un futuro sin límites [...] El principio general según el cual la gracia presupone la naturaleza, es también válido en este momento. Por tanto, viceversa, el intento de vivir un nuevo amor dado por Dios (agape, caritas) dejando de lado la naturaleza, o incluso oponiéndose a ella, desembocará necesariamente en una caricatura de este amor.¹⁰

Estas reflexiones nos ayudan a entender la perspectiva unitaria y armónica de la concepción de amor que tiene el Papa y que expone magistralmente en la primera parte de la encíclica: armonía entre eros y agape; armonía entre la experiencia humana del amor y lo que la Revelación nos enseña acerca de esta experiencia (reflexiones sobre el Cantar

¹⁰ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 91-92.

de los Cantares); armonía, por tanto, entre lo humano y lo cristiano; la novedad de la fe bíblica y, sobre todo, la novedad de Jesucristo que ilumina de una manera nueva la experiencia humana del amor llevándola a su plenitud;¹¹ la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Ninguna etapa destruye lo anterior, sino que lo asume y lo eleva; ningún aspecto elimina el otro, porque ambos nacen de una misma dinámica general.

El cristiano, que es el que ha hecho del amor la opción fundamental de su vida, es el que dice un sí a Dios y al otro y, quien, en virtud de ese sí, sabe decir “no” a ciertas cosas. El tono positivo de la encíclica es el tono positivo que debería caracterizar nuestra existencia cristiana.

3. UN MENSAJE QUE NOS SITÚA ANTE EL CENTRO DE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Este sí lo podemos pronunciar nosotros porque hemos sido amados. Hay una experiencia humana que nos puede ayudar a entender esto: Cuando una persona se siente amada experimenta que se despierta en ella una capacidad inmensa para amar. El amor de alguien hacia nosotros nos transforma, produce en nuestro corazón una marca de amor (Heribert Mühlen habla de una *impressio amoris* y lo aplica al misterio de la gracia), cambia el horizonte de nuestra vida y provoca una respuesta de amor.¹²

No ama tanto el que se lo propone, sino quien ha sido amado. Hemos conocido el amor (no sólo hemos sabido que Dios nos ama). Sólo quien ha conocido el amor puede empezar a amar. Si el amor es la opción fundamental de la existencia cristiana y la experiencia que hemos descrito es verdadera, ello implica que no basta seguir unas normas para vivir cristianamente. No se es cristiano únicamente por proponérselo. Así lo dice el Papa: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una

¹¹ El cardenal Angelo Scola, en su comentario a la encíclica hace la siguiente observación: “Abbiamo visto che l’esperienza umana dell’amore è la possibilità concreta per risalire (*ana-logia*) verso lo stesso mistero di Dio. Ora il Santo Padre spiega come dal mistero di abbassamento (*cata-logia*) di Dio [...] viene definitivamente illuminata la via dell’amore” (BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 66).

¹² H. MÜHLEN, *Der Heilige Geist als Person*, 299-300.

Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.¹³

El amor cristiano no es sólo un mandamiento, sino ante todo una respuesta al don del amor. Con estas reflexiones el Papa nos está indicando que tiene una concepción dialogal de la existencia cristiana. Se sitúa, de este modo, en continuidad con el pensamiento de Hans Urs von Balthasar: Para el gran teólogo de Basilea la existencia cristiana tiene sentido cuando es vivida como un diálogo entre Dios y el hombre. En este diálogo lo primero es la gracia y el favor de Dios. A la gracia de Dios debemos responder con la gratitud y el agradecimiento.¹⁴ La “caritas” (*amare*) es respuesta del hombre a la “gratia” (*amari*). La vida cristiana es “amari et amare”, diálogo de gracia y de agradecimiento, “interpenetración de gracia y de gratitud”.

En la experiencia del amor se debe incluir todo el misterio cristiano: el amor de Dios revelado en la Antigua Alianza, que siente una pasión tan grande por su pueblo (eros), que no duda en perdonar (agape), un amor tan intenso que pone a Dios contra sí mismo, el amor contra su justicia; el misterio de Cristo que es la encarnación del amor y, dentro del misterio de Cristo, el misterio eucarístico; la efusión del Espíritu que transforma el corazón de la comunidad de los creyentes para que podamos ser testigos del amor de Dios que en Cristo quiere hacer de todos los hombres una única familia.

Desde esta óptica surgen dos características esenciales de la vida cristiana. En primer lugar la unidad: entre culto y norma moral y entre la vida espiritual y la vida moral.

Desde esta unidad y desde el carácter dialogal de la existencia cristiana, surge la segunda característica: el cristiano está libre de la ley, pero lo está porque la plenitud de la ley es la caridad. La caridad le lleva a ir de un modo espontáneo más allá de la ley.

Estos rasgos constitutivos de la experiencia cristiana nos dan la clave para entender las tres parábolas del amor cristiano que el Papa comenta brevemente en el nº 15 de la encíclica y que constituyen la base de toda espiritualidad cristiana del amor: la parábola del rico epulón, que es una seria advertencia contra los que tratan con frivolidad a los pobres; la parábola del buen samaritano, que nos ayuda a integrar lejanía y proximidad en el concepto de prójimo y la gran parábola del juicio final, en el que el amor se convierte en criterio “para la decisión

¹³ *Deus caritas est*, 1.

¹⁴ H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática* 2, 28.

definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana”¹⁵ y en la que se nos muestra la identificación absoluta de Jesús con los pobres.

Desde aquí se soluciona también el dilema acerca de si el amor es un precepto que puede ser mandado: para quien ha conocido el amor, no necesita que se lo impongan, sino que él se siente llamado a amar llegando más allá de lo estrictamente ordenado: “La caridad es la ley en su plenitud” (Rom 13,10).

4. UN MENSAJE PARA RECORDARNOS QUE EL AMOR ES EL CAMINO DE LA IGLESIA EN EL MOMENTO ACTUAL

Desde estas consideraciones de la primera parte que el Papa redacta en un estilo que, más que un documento magisterial parece un ensayo teológico, se tiene que entender la segunda. La experiencia y la vivencia del amor pueden aludir a realidades diversas. Una primera parte como la de esta encíclica podría haber conducido a tratar diversos temas en la segunda parte: el Papa podría haber profundizado en la enseñanza de la Iglesia sobre cuestiones referentes a la moral de la sexualidad o a las exigencias de la vida matrimonial... Sin embargo no trata estas cuestiones. Quiere hacernos caer en la cuenta de la importancia del servicio eclesial de la caridad, no como una tarea accidental respecto de aquellas que constituyen la esencia de la misión de la Iglesia, sino como algo constitutivo de la misma.¹⁶ Y esto no es una novedad de ahora, sino que es una convicción y una praxis que han estado presentes en la vida de la Iglesia a lo largo de toda su historia. En el texto pontificio encontramos incluso algunos datos históricos de gran interés.

Lo primero que llama la atención es que el Papa comienza esta segunda parte de la encíclica volviendo al fundamento teológico (trinitario) y espiritual de la vida en el amor. No estamos sólo ante un precepto moral o ante una simple exigencia ética ni ante una actividad con una finalidad meramente social, sino ante algo que tiene su origen Dios mismo: Si la Iglesia está reunida y guiada por el Espíritu, Este es la fuerza que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre. Esta transformación no consiste

¹⁵ *Deus caritas est*, 15.

¹⁶ *Deus caritas est*, 20 y 25.

en otra cosa que en armonizar el corazón de los creyentes con el corazón de Cristo, moviéndoles a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de los discípulos¹⁷ y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos.¹⁸

La tarea de la caridad es algo que tiene su fuente en el mismo Espíritu que habita en la Iglesia y en el corazón de los creyentes como en un templo¹⁹ y, por ello mismo, tiene su marco natural en el conjunto mismo de la entera vida eclesial.

Al poner en el primer plano de la vida eclesial el servicio de la caridad el Papa nos está indicando cuál puede ser el medio que puede abrir puertas al Evangelio y, por tanto nos señala el camino de la Iglesia en el momento presente. Frecuentemente hemos vivido en la Iglesia desde la convicción de que la evangelización y la vida sacramental serían las tareas propiamente constitutivas de la misión eclesial, mientras que el ejercicio ordenado de la caridad sería un apéndice en la vida de la Iglesia.

Si el Papa afronta la cuestión de cómo cumplir de manera eclesial el mandato del amor al prójimo, no es por un criterio de utilidad o de eficacia ni por el hecho de que las obras caritativas o sociales confieran un gran prestigio a la Iglesia, sino porque la vivencia del amor es un elemento constitutivo de la misión eclesial. Esto es importante: lo que justifica la existencia de la misma Iglesia y de sus organizaciones caritativas no es el prestigio que adquiere en un momento en el que en amplios sectores de la sociedad se considera que la Iglesia no aporta nada útil a nuestro mundo y es, por tanto, algo innecesario. No es el criterio utilitarista o de eficacia la razón de ser de la Iglesia y de sus organizaciones caritativas, sino el hecho de que sin un ejercicio ordenado de la caridad le faltaría un elemento fundamental y no cumpliría plenamente el mandato del Señor. Si la misión eclesial no se rige por criterios de utilidad o de eficacia inmediata se entiende que el Papa recuerde también que el anuncio del Evangelio y la celebración de los sacramentos es algo que tiene su fuente en el amor de Dios y que la Iglesia lo vive también como un acto de amor hacia todos los hombres.

El fundamento teológico de la vida en el amor y la afirmación de que estamos ante un elemento constitutivo de la misión eclesial nos

¹⁷ Unas interesantes reflexiones sobre el significado de este gesto de Jesús las encontramos en J. RATZINGER, *El camino pascual*, 114-120.

¹⁸ *Deus caritas est*, 19.

¹⁹ *LG*, 3.

permiten entender la interesante alusión al emperador Juliano el Apóstata que encontramos en el n° 24 de la encíclica. En su intento de restaurar el paganismo y de dar prestigio a la religión imperial, Juliano el Apóstata copia las estructuras caritativas del cristianismo, las separa de su fuente y las paganiza reduciéndolas a un servicio social. Se trata de una tentación que posiblemente reaparece frecuentemente y quizás estamos viviendo actualmente en la vida de la Iglesia. Frente a esta tentación, el Papa nos propone a los primeros siete diáconos como paradigma del ministerio del amor y nos recuerda que “el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo”.²⁰

5. UN MENSAJE QUE AYUDA A LA IGLESIA A CENTRARSE EN SU MISIÓN PROPIA

El ejercicio eclesial de la caridad ha sido cuestionado por algunas corrientes filosóficas y teológicas durante las últimas décadas. El marxismo anunció el advenimiento de un mundo justo en el que la caridad sería innecesaria y considera la caridad como una práctica que, en el fondo, acaba legitimando las estructuras de injusticia que existen en nuestro mundo. El problema se podría formular en los siguientes términos: A más caridad menos justicia; cuanto más justicia haya más innecesaria será la caridad.

Frente a esta contraposición entre justicia y caridad y frente a la minusvaloración de la caridad que se esconde en este planteamiento, el Papa reivindica el valor permanente del camino del amor porque nunca las estructuras justas podrán agotar todo lo que la persona es y porque la caridad puede ir y de hecho va más allá de la estricta justicia.

Esto no significa que la Iglesia pueda permanecer al margen de la lucha de la humanidad por construir un mundo más justo. La justicia es también preocupación de los cristianos. De hecho, en la teología siempre ha habido un tratado sobre la justicia, que es una de las virtudes humanas. Sin embargo, hay que reconocer que la cuestión de la justicia social, tal como se planteó de una manera nueva a partir de la revolución industrial, no podía ser abordada únicamente a partir de los esquemas de la teología clásica y debemos admitir “que

²⁰ *Deus caritas est*, 21.

los representantes de la Iglesia percibieron solo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo”.²¹

Algunas corrientes teológicas recientes, influidas por estos planteamientos del marxismo, han insistido en la fuerza liberadora del mensaje cristiano sobre todo en el ámbito social y político. Esto ha conducido a una fuerte implicación de la Iglesia y de muchos de sus ministros en el ámbito de la política. La construcción de un mundo más justo se considera como contenido de la misión propia de la Iglesia.

La tentación por parte de la Iglesia de involucrarse directamente en las cuestiones políticas puede darse en todos los momentos de su historia y afecta a todas las sensibilidades y tendencias presentes en ella. Cuando se constata que el camino del Evangelio no tiene la eficacia que nosotros queremos imprimir a todas nuestras acciones humanas fácilmente se puede pensar que con medios más poderosos y más eficaces el Reino de Dios y, por tanto, una sociedad más justa puede llegar a hacerse realidad en nuestro mundo más rápidamente.

Ante la doble tentación de pensar que la caridad es innecesaria y de centrar la vida de la Iglesia en la lucha por la justicia involucrándose, si fuera necesario, en el ámbito de la acción política, el Papa nos ofrece algunas precisiones que considero interesantes y que, sin duda, ofrecen pautas claras para la vida eclesial:

- 1.- La justicia es el objetivo propio del estado y, por tanto, de la política. Un estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una banda de ladrones. Es más, la actividad política se justifica cuando tiene como fin la consecución de la justicia: “La justicia es el objeto y, por tanto, la medida intrínseca de toda política”.²² En esta afirmación del Papa hay que resaltar que no se trata únicamente del objetivo de toda acción política, sino que es también “medida” de la misma.²³ La política es, pues, una actividad de naturaleza ética. Y aquí es donde se halla el punto de encuentro de la fe y la política.

²¹ *Deus caritas est*, 27.

²² *Deus caritas est*, 28.

²³ M. UREÑA PASTOR, “El acto ero-agápico del amor de Dios en Cristo”, en P.J. CORDES (et al.), *Deus caritas est. Comentario...*, 89-154. En la p. 139 el autor afirma: “la justicia no es sólo el objeto, sino también la medida intrínseca de toda política. No es la justicia la que es medida y tallada por la política, sino la política la que es medida y cortada en el taller de la justicia. La justicia es siempre anterior a la política”.

- 2.- A la consecución de este objetivo, la Iglesia contribuye con su doctrina social. Al hacerlo, la Iglesia no pretende tener un poder sobre el estado, ni “quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento”. Simplemente quiere “aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica”.²⁴ En su doctrina social, la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural. La aportación de la Iglesia tiene como finalidad “contribuir a la purificación de la razón”²⁵ mostrando lo que es acorde con la naturaleza humana. En estos tiempos en los que constantemente vemos cómo desde la esfera de la vida pública se adoptan decisiones caracterizadas por la irracionalidad porque se inspiran en un individualismo sin límite ético, la Iglesia quiere aportar a nuestra sociedad una reflexión de carácter ético que permita asentar la vida social sobre unas bases más sólidas y más acordes con la naturaleza del ser humano.
- 3.- No es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina. Ahora bien, como la política es una tarea humana y la fe cristiana conduce a una perspectiva cristiana de las realidades humanas, aunque la Iglesia no debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar una sociedad más justa, hay que afirmar que los cristianos no pueden permanecer al margen de la lucha por la justicia: “El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos”,²⁶ quienes en toda su vida y por tanto en su actividad política deben actuar animados por la caridad.

* * * * *

Frente al supuesto de que en un mundo justo no sería necesaria la caridad, el Papa enseña que el amor siempre será necesario, incluso en la sociedad humanamente más justa que pudiéramos imaginar: “No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor”.²⁷

²⁴ *Deus caritas est*, 28.

²⁵ *Deus caritas est*, 28.

²⁶ *Deus caritas est*, 29.

²⁷ *Deus caritas est*, 28.

Quien se desentiende del amor se está desentendiendo del mismo hombre, porque el hombre no es únicamente materia:

Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.

El estado no puede dar una entrañable atención personal. “La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre”.²⁸

Además, los cristianos estamos convencidos también de que el principio de que a mayor caridad menos justicia es falso. Más bien habrá que afirmar lo contrario: a más caridad, más justicia. Si nos preguntamos por la relación entre estas dos realidades, debemos reconocer que la justicia en sí misma no exige la caridad, pero la caridad sí que exige necesariamente la justicia. Un ejemplo nos puede ayudar a entender esta afirmación: santo Tomás de Aquino describe la caridad como amistad con Dios.²⁹ Si partimos de esta descripción fácilmente podemos entender que si bien se puede ser justo con alguien sin que esa justicia exija necesariamente la amistad, no se puede ser verdaderamente amigo de alguien si no se es justo con él.

* * * * *

Una vez reafirmado el valor y la necesidad permanente de la caridad y después de haber precisado cuál es el papel de la Iglesia en la tarea de la consecución de la justicia, el Papa nos indica que si bien la actividad en favor de la justicia no es tarea inmediata (en todo caso la reflexión ética tiene un carácter mediato) propia de la Iglesia en cuanto tal (aunque los laicos cristianos no pueden desentenderse de ella), la caridad es lo que constituye su *opus proprium*.³⁰

Las organizaciones caritativas de la Iglesia constituyen algo propio y específico de su vida. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes. Y este ejercicio de la caridad debe organizarse teniendo en cuenta el contexto social actual, caracterizado por una gran cercanía entre los

²⁸ *Deus caritas est*, 28.

²⁹ *STh* II-II, q.23.

³⁰ *Deus caritas est*, 29.

hombres y culturas de nuestro mundo, por una gran cantidad de medios para prestar ayuda humanitaria, por un sentido de solidaridad entre los pueblos que es cada vez mayor y por nuevas formas de voluntariado que deben ser apreciadas positivamente frente a tantas manifestaciones de una anticultura de la muerte. En este contexto han surgido nuevas formas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales que se han mostrado como fructíferas y también aparece el ejercicio de la caridad como un elemento de encuentro entre las distintas iglesias y comunidades cristianas.

6. UN MENSAJE QUE AYUDA A SUPERAR CIERTAS TENSIONES INTRAECLESIALES

Al describir los rasgos característicos de la actividad caritativa de la Iglesia, el Papa alude implícitamente a ciertas tensiones que se han vivido en la Iglesia en las últimas décadas y nos invita a superarlas.

Evangelización y promoción humana

Durante las últimas décadas se ha vivido un debate en la Iglesia sobre las prioridades de su misión: ¿Es más importante la promoción humana o lo propio y específico de la Iglesia, que es el anuncio del Evangelio? ¿La urgencia de solucionar las injusticias de nuestro mundo no justificaría posponer la evangelización para un segundo momento? ¿Cómo vivir la caridad de modo que se abran caminos al Evangelio sin que sea un arma para el proselitismo? ¿Cómo armonizar en la vida de la Iglesia el servicio del amor hacia los más pobres y el anuncio de Jesucristo?

Estas tensiones se resuelven si tenemos en cuenta que en Cristo encontramos la encarnación del amor de Dios. Llevar a los hombres al conocimiento de Cristo y a que crean en Él no es otra cosa que llevarlos al conocimiento del amor para que crean en él. La Iglesia sabe que el camino de su misión es Cristo, porque el cristianismo no es un humanismo filantrópico en el que Cristo es un simple ejemplo. El anuncio de Cristo no puede ser una excusa para olvidar la exigencia del amor. Un conocimiento auténtico del Señor lleva necesariamente a una revitalización del compromiso de los cristianos en favor de los más pobres.

Si todos los hombres de nuestro mundo conocieran y amaran de verdad a Jesucristo, nuestro mundo sería sin duda más digno del hombre. El Evangelio lleva a un compromiso a favor de los más pobres y abre caminos a la caridad y a la justicia.

También la caridad abre caminos al Evangelio. Sin embargo, esto no significa que el ejercicio ordenado de la caridad pueda ser utilizado como arma para el proselitismo. El Señor ha entregado su vida por todos los hombres de un modo incondicional, antes de que los hombres por quienes ha entregado su vida, que somos todos nosotros, le conociéramos y le amáramos. La gratuidad y la generosidad de Cristo deben inspirar el estilo eclesial en el ejercicio ordenado de la caridad. Por ello,

quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. El amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar.³¹

Ello no implica que la acción caritativa deje de lado totalmente a Dios y a Cristo: El cristiano sabe que la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios y por ello debe preguntarse también “cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor”.³² ¿Cuándo hablar? ¿Cuándo callar? A estas preguntas encontramos frecuentemente respuestas extremas. Quien funda su vida en una profunda espiritualidad y en un profundo encuentro con Dios, sabe lo que necesita el hermano necesitado en cada momento. El criterio para responder a esta cuestión no son nuestras convicciones, sino la necesidad del hermano.

Espiritualidad y acción

Una segunda oposición un tanto artificiosa contrapone espiritualidad y acción. El Papa alude implícitamente a esta tensión en los números que dedica a recordar las actitudes que deben vivir los responsables de la acción caritativa de la Iglesia. Un ejercicio de la caridad auténticamente cristiano no puede tampoco entrar en esta dialéctica. La mayor cercanía a Dios y a Jesucristo no nos aleja de los necesitados, sino que nos acerca de corazón a ellos. Cuando el cristiano ha sido conquistado por

³¹ *Deus caritas est*, 31.

³² *Deus caritas est*, 31.

el amor de Cristo, se despierta en él el amor al prójimo.³³ Una profunda espiritualidad mejora la calidad del testimonio del amor porque nos mantiene en la motivación auténtica y nos ayuda a vivir ese servicio desde unas actitudes auténticamente evangélicas.

Si la motivación es auténticamente cristiana y eclesial, es decir, si nace de un encuentro vivo con el Señor y se realiza en profunda comunión eclesial, el ejercicio de la caridad no se somete a los intereses de otras ideologías, lo que no implica que los cristianos no puedan colaborar con otros en proyectos concretos manteniendo siempre su identidad en el contenido y en el modo de hacerlo. El cristiano sabe también que en sus acciones lo más importante no es la eficacia de las mismas, sino las personas. Por ello no basta la competencia profesional, porque las personas no necesitan únicamente una atención profesional. “Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial”. Por ello, no basta una formación profesional para el ministerio del amor, sino que se necesita también “y sobre todo una “formación del corazón””.³⁴ En el testimonio cristiano “La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo”.³⁵ Por ello, el ejercicio ordenado de la caridad debe llevar a un darnos a nosotros mismos.

En la misión de la Iglesia los cristianos no sólo nos debemos fijar en “lo que” hacemos, sino que debemos tener presente en todo momento el “cómo” lo hacemos. Tanto en el anuncio del Evangelio como en el servicio eclesial de la caridad, el modo es tan importante como el contenido. El cultivo de la espiritualidad conduce a una actitud de profunda humildad: el servidor de los pobres no se siente superior por su compromiso, no se siente “salvador del mundo” ni pretende solucionarlo todo.

Se liberará de la presunción de tener que mejorar el mundo –algo siempre necesario– en la primera persona y por sí sólo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio en lo que podemos y hasta que él nos dé fuerzas.³⁶

Ello no implica que no tengamos que hacer todo lo que está en nuestras manos.

³³ *Deus caritas est*, 33.

³⁴ *Deus caritas est*, 31.

³⁵ *Deus caritas est*, 34.

³⁶ *Deus caritas est*, 35.

La espiritualidad no dificulta el ejercicio de la caridad, sino que mejora esencialmente su calidad, nos ayuda a liberarnos de la pretensión de querer salvar el mundo por nosotros mismos, de la tentación de pedirle cuentas a Dios de las injusticias que cometemos los hombres, del desaliento que puede nacer en nuestro corazón ante la grandeza de las necesidades y lo limitado de nuestras posibilidades, de la tentación de imponer a todos nuestras opciones y nuestros modos. La oración, al hacer nuestro corazón más semejante al de Cristo, nos descubre que Cristo no solucionó todos los problemas y que, si bien esto provocó en muchos una decepción a su persona, Él no dejó su camino de sembrar el Reino de nuestro Dios en nuestro mundo y de abrir horizontes de esperanza a los hombres y mujeres que se encontraron con Él en un determinado momento de sus vidas.

En el encuentro con Cristo aprendemos de Él no sólo que nuestro mundo necesita ser salvado, sino cómo trabajar humanamente por la salvación del mundo. Los hombres, con la pretensión de colocar nuestras ideas por delante de todo, queremos frecuentemente que todos entren por ellas, perdemos la paciencia y, con ello dejamos de hacer humanamente las cosas.³⁷

REFLEXIONES FINALES

En el discurso de despedida el Señor nos advirtió que el amor es el signo por el que el mundo reconocerá a sus discípulos (Jn 13,35). En la primera encíclica de su pontificado el papa Benedicto XVI nos ha recordado a los católicos que la vía del amor es el camino de la Iglesia en todos los momentos de su historia³⁸ y nos ha ayudado a concretar su vivencia en el momento actual.

Debido al estilo sapiencial que el Papa ha empleado en la primera parte, a primera vista podría parecer un documento descontextualizado. En estas reflexiones he querido mostrar que no es una reflexión intemporal. Al comienzo nos planteábamos si estamos ante una encíclica sólo para los católicos. De lo que no podemos dudar después de estas reflexiones es que nos encontramos, sin lugar a dudas, ante una encíclica

³⁷ J. VIDAL TALÉNS, *Encarnación y cruz*, 41.

³⁸ Los datos históricos que encontramos en los números 20 y siguientes de la encíclica no tienen una finalidad de erudición, sino que constituyen un “dato teológico”.

para nuestro tiempo. Dirigida, en primer lugar, a los católicos, a una Iglesia que ha vivido tensiones interiores en las últimas décadas, que necesita armonizar los distintos aspectos de su vida y centrarse en lo esencial de su misión. Pero es también una encíclica orientada hacia nuestro mundo, hacia este mundo que vive entre laicismo y fanatismo religioso y al que le cuesta percibir que el cristianismo es camino de felicidad y de vida. Creo que el Papa ha prestado, con esta encíclica, un gran servicio a la Iglesia y a nuestro mundo. Si logramos concretar en un estilo de vida eclesial las intuiciones y las ricas sugerencias que encontramos en el texto pontificio encontraremos el camino más convincente para anunciar el Evangelio a nuestro mundo: la vía del amor.

BIBLIOGRAFÍA

- BALTHASAR, H.U. VON, *Teodramática 2. Las personas del drama: El hombre en Dios*, Encuentro Ed. Madrid 1992.
- BARTOLINI, E.L. (et al.), *Dio è amore. Commento e guida alla lettura dell'Enciclica Deus caritas est di Benedetto XVI*, Paoline Ed., Milán 2006.
- BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano, (25-XII-2005), en <https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html>. [BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, A. Scola (intr. y com.), Cantagalli, Siena 2006].
- CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia [= LG], (21-XI-1964), en <https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html>.
- CORDES, P.J. (et al.), *Deus caritas est. Comentario y texto de la Encíclica "Dios es amor" de Benedicto XVI*, Edicep, Valencia 2006.
- FLECHA, J.R. (coord.), *Dios es amor. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI "Deus caritas est"*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2007.
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a los consagrados y consagradas y a todos los fieles laicos sobre Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa, (28-VI-2003), en <https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_20030628_ecclesia-in-europa.html>.
- , Carta encíclica *Fides et Ratio* a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón, (14-IX-1998), en <https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091998_fides-et-ratio.html>.
- MELINA, L. – ANDERSON, C.A. (ed.), *La vía del amor. Reflexiones sobre la Encíclica Deus caritas est de Benedicto XVI*, Monte Carmelo, Burgos 2006.
- MÜHLEN, H., *Der Heilige Geist als Person. In der Trinität, bei der Inkarnation*

- und im Gnadenbund. Ich- Du- Wir- gebunden oder broschiert*, Aschaffendorff, Münster 1966³.
- RATZINGER, J., *El camino pascual*, BAC, Madrid 1990.
- , “Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la encíclica *Fides et Ratio*”, *Revista Española de Teología LX: La Razón creyente. Actas del Congreso Internacional sobre la Encíclica Fides et Ratio* (2000).
- , *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor*, Edicep, Valencia 2005.
- TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* [= *STh*].
- VIDAL TALÉNS, J., *Encarnación y cruz. El mayor amor y la mejor esperanza*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2003.